

dera, muy resuelto á inclinar al Mediodía el derrotero más que en los últimos viajes. Dios quiso que viese la primera luz del Nuevo Mundo y quiso que tocase antes que todos con sus navés el continente; á donde no llegó, aunque anduvo muy cerca, en la primera y en la segunda expedición, engañado por las falsas nociones extendidas entonces respecto del grandor de los mares y creído de que al tocar en Cuba, ¡oh! había tocado en el continente asiático.

## CAPÍTULO XXIX.

### TERCER VIAJE.

**U**N lapidario, llamado Ferrer, acreditadísimo en aquel tiempo, escribió á los Reyes meditada Memoria, encargiendo las ventajas y las riquezas del mundo de Mediodía; y esta Memoria, comunicada por los Reyes á Colón, influyó con poderosa influencia en los derroteros al Sur del tercer viaje. Después de haber pasado las felices posesiones de Portugal en la zona templada demandó el Almirante la zona tórrida. Y, con efecto, alongándose había mucho espacio de los tristes archipiélagos portugueses, conocidos por antífrasis con el nombre de islas de Cabo Verde, cuando entró en las aguas dormidas é inertes. ¡Horrible caso! Durante algunos días el cielo se obscureció en tal manera y abundaron las nubes en tanto número, que parecían metidos los nautas dentro de aguas hirvientes, cuyas burbujillas despediesen muy espesas humaredas, prestando al día el aspecto siniestro de cálida y caliginosa noche. Nunca, sin embargo, hubiera lucido el sol para tan míseros y probados mortales. Aquellos rayos, que despiertan esperanzas sin número en las zonas dulces, y atraen los saludos del ave y los esmaltes del rocío aquí, allá, en la zona tórrida, difundían la muerte con sus botes homicidas y trastocaban todo lo

líquido, ligero, fluido y aeriforme de suyo, en algo así pesadísimo, como los inacabables desiertos de abrasadas arenas. Un sol, que creeríais en contacto con vuestra cabeza como ingente brasa, devorándoos el cerebro; unos rayos perpendiculares, que caen como haces de fuego y truecan en voraz incendio el aire mismo sin un soplo; una calma imperturbable, bajo la cual se pliegan como alas de ave moribunda las banderolas y las velas inmóviles; un mar de acero caldeado, semejante por lo bruñido á inmensa rodela; un calor infernal, que derrite la brea, y resquebraja los toneles, y seca el agua como el vino, y tuesta el grano, y asfixia el pecho, y afloja todas las fibras, esparciendo en las tripulaciones laxitud tal, que os entra una soñarrera semejante á los accesos del sueño último; la inmovilidad, como si barcos y ondas se hubieran petrificado; la inercia universal, como si la vida se hubiera extinguido y acabádose la movilidad consiguiente á la vida; un silencio y un vacío mayores que los supuestos por todas las teogonías, en los abismos donde se dilatan y extienden las tinieblas y las soledades eternas: he ahí todo cuanto hallaron Colón y sus marinos al entrar en aquellas regiones, donde aguardaban ver, al reclamo y alucinación de tantas promesas, renacidas poco después de frustradas, aguas en que á su vista se cuajasen las perlas, y montañas en que á la continua se cristalizaran los rubíes bajo un horizonte y sobre un océano celestiales. Ocho días estuvieron así; ocho días en que imaginaron morir mil veces. Chubascos refrigeradores, brisas propicias, corrientes impulsoras y algún que otro cambio de rumbo aliviaron un poco la situación; pero no trajeron remedio ninguno al hambre y sed, emanadas de la imposibilidad de todo alimento y de toda bebida por la descomposición del bizcocho y por los derrames de las aguadas. En todas partes os incomoda la sed; pero en parte ninguna como en el mar, donde la tienen los marinos por uno de los tormentos que ha causado más muertes y hecho más víctimas en aquella líquida inmensidad, donde parecen llamaros y atraeros las aguas despertadoras del ardiente in-

saciable deseo. Ya iban á beberse la sangre de sus encías en el ardor de sus fauces y á prepararse para morir en la mayor conformidad posible con los decretos de la Providencia, cuando un criado del Almirante, subido á las gavias, dió el grito de tierra y señaló tres cumbres de montaña, parecidas á tres rotondas de zafiros transparentes, que se destacaban en la inmensidad etérea de aquel horizonte, poco ha maldito.

No comprenderá, no, en estas críticas horas y en estos instantes supremos, al descubridor quien lo juzgue por las cualidades características de un sabio moderno, industriadísimo en matemáticas y demás ciencias exactas; con su compás de acero en la mano y su tabla de logaritmos á la vista; de todo arte y de toda fe desvestido; estudiando los fenómenos en una observación desnuda de poesía y de esperanza; resuelto por su materialismo dogmatizante á no encontrar en los espacios sino la indiferencia brutal del universo exclusivamente compuesto de fuerza y de materia. Con tales prototipos nada tiene de común el descubridor, quien, ido por sus estudios al cabo de las ciencias cosmográficas, tal como entonces las profesaban los mayores maestros; observador pacientísimo de los horizontes y de los océanos, como habrá de serlo por fuerza todo marino; al encontrarse con relaciones tales entre los espacios extendidos bajo sus pies y los extendidos sobre su cabeza, que las naves parecen surcar el empireo; teniendo salinas arenas abajo y en lo alto luminosas arenas, con todas las cuales precisa contar en todos los derroteros; profeta adivinador, amén de sabio, pues cien rumbos, tomados cuando iba como un ciego palpando lo desconocido en las espesísimas sombras del misterio, provinieron de un indeliberado impulso; unía con estas altísimas ciencias de cosmógrafo y estos presentimientos proféticos de agorero un culto por la Naturaleza tan grande, que sus diarios sencillísimos semejan odas y sinfonías animadas por el soplo de la vida universal; y una piedad tan intensa, que le impelía en todas las ocasiones extraordinarias á caer de hinojos sobre las tablas de

sus buques en adoración al Autor de todo lo criado; piedad mezclada con cierto milenarismo, cuyas sugerencias le hacían ver un Apocalipsis material tras todas las cosas, y con cierto gnosticismo, cuya vaguedad ponía en torno de los seres todas idealidades entre cristianas y panteístas, despedidas por la infinidad del mar, la infinidad del cielo y la infinidad del espíritu, por los tres infinitos, que identificaba él en la esencia incommunicable de Dios. Así el Evangelio de San Juan, revelador de la palabra creadora, Logos ó Verbo, cautiva poderosamente á esta especie de creador, quien parece ir evocando tierras en el espacio marítimo, tan hermosas como las estrellas en el espacio celeste, al conjuro de ideas entre matemáticas y teológicas, inspiradas las primeras en sus estudios técnicos y las segundas en este dogma de la Trinidad, que, si bien une las tres personas divinas en la sustancia esencial, identificándolas, también las distingue y separa de algún modo, sin dividir las del ser común suyo, y que, sin dejar de reconocer en todos los mismos atributos, atribuye al Padre lo eterno, lo inmóvil y fundamental, como al Hijo la creación por medio del Verbo, como al Espíritu aquel soplo de vida que lo alienta todo y todo lo mantiene. Colón asemejábase mucho á los alejandrinos en su método y práctica de las analogías, tan manifiestas doquier; y jamás contempló lo visible con sus ojos de carne sin elevar á lo invisible la mirada interior de su espíritu; y jamás observó un fenómeno sin engarzarlo en aquellas leyes universales á que llamamos noumenos; pues como la misma luz brilla en el aerolito fosforescente, que semeja humilde alada luciérnaga, y en la estrella sirio, que nos revela un sol circuido de opacos mundos; el mismo Dios, trino y uno, lo baña todo con su Verbo, y á la misma divina ley están sujetos desde los infusorios en la gota de agua humilde hasta los ángeles en la celestial bienaventuranza. Así, con igual facilidad empleaba el Almirante la inducción, subiendo de los hechos á las ideas, que la deducción, bajando de las ideas á los hechos; y lo mismo recurría para ver el Verbo interior

transparentando en las cosas y el universal espíritu animador de las especies al rayo de la fe que al rayo de la ciencia. En la salida para su tercer viaje con toda religiosidad invocó el nombre de la Santísima Trinidad; y al llegar, después de tantas fatigas y trabajos, á tierra nueva otra vez, halló tres celestiales cumbres unidas por sus raíces en una sola montaña, como las tres hipóstasis trinitarias están unidas é identificadas por lo uno de su esencia en la misma divinidad. Podrá parecer esto cábala y magia y mística en el método matemático, al uso ahora, que hace de los filósofos y los sabios abstractas cifras, desnudas de carne y hueso y sangre; pero imposible habrá de ser al historiador el conocimiento de la epopeya colombina, como el reconocimiento al divino poeta que la dejó grabada en cielo y tierra con sus odiseas inmortales hacia lo desconocido y oculto, sin parar mientes en las chispas de intuiciones religiosas é ideas científicas á un mismo tiempo despedidas de su espíritu y que ciñen á sus sienes el místico nimbo de sobrenatural aureola.

Como la nota no es únicamente sonido, es armonía, por el espacio y el tiempo que le ha señalado la inspiración música; como en el cuadro no hay solamente color, tan análogo al sonido, sino línea geométrica trazada por el arte; como en la célula no hay sólo germen, sino virtud y potencia tendentes al órgano, cual el órgano tiende al organismo y el organismo á las especies, sistemas encadenados por una lógica inconsciente; hay en el universo, de que todos formamos parte, y hay en la vida universal, donde todos nos bañamos, no solamente átomos combinados hasta producir sonidos y colores, hay escalas, hay poesías, hay espíritus, hay arquetipos, hay, por último, ideas, luz de la luz, descendiendo de Dios mismo en las revelaciones del ideal religioso, en las revelaciones del ideal artístico, en las revelaciones del ideal científico, trilogía también divina, como la Trinidad que invocara Colón en las plegarias del espíritu suyo al zarpar hacia lo desconocido, y como la Trinidad que halló en

su tercer viaje al contacto de su interno pensamiento con el Nuevo Mundo en los espacios oceánicos. Nunca, pues, lo admiraremos bastante.

Por los últimos días de Julio en 1498 encontró la Trinidad y por los primeros de Agosto el nuevo continente. La Trinidad le pareció como las huertas de Valencia en Marzo, y la navegación de la Trinidad en adelante no le mostró más que playas despobladísimas y de una desesperante monotonía. Pero, al transcurso del tiempo y al sucesivo estudio del espacio, toparon pronto con selvas pobladas de bohíos y con canoas cargadas de indios. Entre las últimas vieron una que les fijó extraordinariamente aquella intensísima natural atención, puesta por los descubridores sobre cuanto surgía doquier á sus ojos. Tripulábala jóvenes indios absortos en contemplar tales máquinas nunca por ellos soñadas, las cuales debían aparecéseles cual marinos monstruos dotados de aligeras alas, conduciendo sobre sus lomos hombres vestidos de acero, que debían ser, por sus aposturas y por sus vestimentas, verdaderos dioses. El asombro anegó á los indios en éxtasis y el éxtasis los petrificó en fría inmovilidad. Para distraerlos de su absorción extática, y llamarlos á sí, Colón mandó tocar el parche y tañer algunos instrumentos que movieran los marineros al baile; pero debería este gozoso ejercicio de bailar allí preceder á los combates, cuando requirieron los indios sus armas, y las aprestaron en actitud amenazadora de ataque y son fragorosísimo de guerra; por lo que mandó Colón disparar los mosquetes, cuyos estampidos produjeron sus habituales efectos, la sumisión súbita de aquellos seres edénicos é inocentes á los poseedores del trueno y del rayo. Colón observó cómo habían aquí marrado alguna de sus previsiones, pues navegando en latitudes más hacia el Sur de Guinea, creyó encontrar gentes más negras que las de tal región, y por lo contrario, encontrólas mucho más blancas. Entre los cabos de la Trinidad y otros fronteros extendíase un trozo de mar tan peligroso por los remolinos, semejantes á trombas ahu-

padas al choque y batida de las aguas unas con otras, que lo denominó boca de Sierpe y colocó su nombre y su recuerdo entre las muchas malandanzas de los temerarios trabajos suyos. Pasó de allí á otro pedazo de mar tranquilo, el cual se le ofrecía con suma seducción hacia el Sudoeste; y llegado allí, tuvo delante de su nao la tierra firme, que creyó isla, como creyera tierra firme á Cuba, siendo isla. Mucho disputan los historiadores acerca de si Colón bajara ó no bajara de su nave al suelo; muchos datos aducen algunos en demostración de que hubo por las líneas boreales quien viera un año antes, Sebastián Cabot, por ejemplo, la tierra continental; pero como el toque de descubrir no está en el acto de bajar al suelo y el confuso litigio de las fechas no queda muy claro, según los mismos autores que regatean á Colón la prioridad en el hallazgo de la tierra firme americana, reconozcamos á la Providencia premiando con merced tan grande, como la de haber quedado el día de la llegada de Colón el más cierto y más seguro en los varios arribos y abordos cercanos al suyo entre las exploraciones coetáneas á las dos últimas realizadas por su esfuerzo y su constancia en el Nuevo Mundo. Llamábase costa de Paria la costa que á su vista Colón tenía en aquel momento; y se diferenciaban sus pueblos de los demás pueblos antes invenidos en la color de los naturales, más blancos que otros indios, así como en traer al rescate perlas y aljófares no vistos en ninguna parte, ostentando al cuello espejillos de oro muy ricos y muy relucientes. Por allí estaba, en el espacio comprendido entre América y Trinidad, cuando le sorprendió un extraño fenómeno, un monte de agua, que se le vino encima, y puso en aprieto al fin las naves todas, salvas en parte por milagro y en otra parte por diestras maniobras. Colón supo que se producían estos choques al topetazo de las corrientes fluviales, tan crecidas éstas y tan copiosas, que dulcifican muchos espacios oceánicos leguas y leguas fuera de sus bocas. Por tanto, dedujo pertenecer aquellas aguas dulces á tierra firme y continental, pues únicamente di-